

MALLORCA

Por

MIGUEL VILLALONGA



MALLORCA, O EL MIRADOR MIRADO...

Y admirado también, que la isla es hermosa y a su avidez, *non satiata* de lisonjas, complacen todos los madrigales, aunque sean los de urgencia que

Xenius llamara piropos y no posean otro donaire que el retorcimiento del retruécano.

Celos más recelos de suspicacias internacionales, ronda balcones a Mallorca un perenne cortejo de navíos jaques, con humos de rey y barrigudas mayestáticas de cetáceo ventripotente. Y cuando la bella rondada se asoma a su plazoleta mediterránea por gozar el espectáculo de tanta galanura y tonelaje, se le multiplica el placer de la contemplación por el orgullo de dejarse contemplar. Pero Mallorca no gusta de excesivas frecuentaciones balconeras.

Hablo en plan deportivo; a lo sumo, estético.

Ante la escasa afición marinera de nuestra isla, nos vemos precisados a capturar unas cuantas hipótesis furtivas. Quiera Dios que no enfurezcan más de lo debido a los guardabosques de nuestra suspicacia isleña.

Comenzó la Historia interponiendo lejanía de recelos entre Mallorca y el Mediterráneo. Durante siglos, ella y él se miraron muy poco. Los hombres, las granjas y los pueblos se orientaban tierra adentro. Y en las costas no había más que atalayas con centinelas y misión de apercibir las algaras de la piratería berberisca. Así transcurrieron setecientos años de defensa pasiva y zozobra cotidiana. Siete siglos casi de no recibir más que sobresaltos por vía marítima; lo suficiente para explicar toda suerte de recelos automatizados hasta la inercia del reflejo.

O, si queréis, hasta el imposible absoluto de que siendo yo niño, existieran aún mallorquines ancianos que no habían visto el mar en toda su vida,

*

De tanta indiferencia por el mar hay que exceptuar la recia tradición velera y marinera de Mallorca, que pudo resistir

al vapor durante muchos lustros; pero no al desbarajuste del fin de siglo. El desguace de la flota mallorquina contagiado de homicidio y desatino a la piqueta demoledora del Progreso, a cuyo furor inmola sucumbió la gran estrella de mar que formaban las murallas de Palma. Éran exactas y pulcras—teorema más soneto—y si se asomaban al mar todo emperifolladas, ya hemos dicho que era, más que por mirarlo, porque él las admiraba a ellas. Y lo merecían.

*

Pero no conviene entregarse a la merced del retoque. Descontada la indiferencia marinera (1), ved cómo al mar de aventuras berberiscas y desvarios turistas se sigue asomando, por derecho y deber de tutela, quienes tienen cura de almas, o mandos de Patria, o ejemplaridad de nobleza. Templos, obispados, palacios de virreyes y caserones solariegos. Siete siglos de zozobra justifican los reflejos y recelos de la neurosis popular; siete siglos de pugna contra la zozobra explican al aristócrata, fiero de obligaciones y altanero de individualismo.

*

ESCOLIO

Para mirar al mar, no todos los miradores son buenos. He tratado de explicar la lección de Palma, un tiempo marinera, cuya flota de vela no pudo resistir al desbarajuste del fin de siglo y se hundió con él.

LOS BALCONES DEL ARCHIDUQUE

La salida al mar y el control de los estrechos alternaban con las matanzas de armenios, las inquietudes magyares y los que-

(1) Ici (en Bretagne) le vrai marin se reconnaît a un signe infaillible: il ne s'en jamais en mer pour son plaisir. Jérôme et Jean Thavaud. (De l'A. F.). «Il était un petit navire». «Candida» de 7 juin 1943.